

Miguel Ángel Tenreiro

Historias de animales y veterinarios

(1998)

 **yeshaliteraturaEdiciones**

Historias de animales y veterinarios

(1998)

El hombre del dogo

La mano pequeña se dibujaba nítida en la radiografía. Estaba dentro del estómago del enorme Dogo. Su dueño era un hombre de pocas palabras. Al veterinario nunca le había preocupado, era cómodo no dar explicaciones y él tampoco hablaba mucho. Esto era una desventaja en su práctica, lo perjudicaba con las viejas parlanchinas tan importantes en la clientela de cualquier veterinario de ciudad. Sin embargo, ahora había que hablar. Podía ser la mano masticada de un pequeño mono. Aunque las leyes sanitarias lo prohíben, nunca falta el imbécil que los compra. Tal vez el Dogo hubiera matado un monito de esos. No le disgustaba la idea, los monos siempre le habían parecido animales repugnantes. Comen cualquier cosa, se masturban y joden todo lo que pueden, se parecen demasiado al hombre. Pero el dueño del Dogo desbarató sus especulaciones: no había tenido nunca un mono y estaba seguro de que los vecinos tampoco.

El hombre del Dogo se acercó al negatoscopio y examinó la placa, estaba orgulloso de su perro. Le comentó que varias veces había encontrado sangre en alguna ventana, trozos de ropa y alguna vez un dedo. Vuelta a vuelta algún raterito de la villa se metía en su casa y el Dogo no es un perro de guardia, no cumple los deberes del centinela, es capaz de permanecer en silencio, inmóvil, esperando para atacar. El veterinario tenía muchas cuestiones que considerar. Si el Dogo había herido a una persona, era posible que lo volviera a hacer. Operarlo

para recuperar la mano tampoco era práctico. Conocía los rápidos y devastadores efectos de los jugos gástricos.

Vomitó un par de veces, normal en cualquier perro, ¿entonces por qué carajo había tenido que sacar esa radiografía? Aun en ausencia de un indicio, sospechó. ¡Esa intuición de mierda que tantas veces lo había hecho quedar bien! Tanto pensar frente a la placa, el hombre del Dogo le preguntó:

—¿Pasa algo malo?

El veterinario estaba absorto en la imagen de la mano, se veía hasta el detalle de la estructura interna de cada hueso. Una mano para apretar, golpear, curar, dibujar, acariciar.

—¿Cuánto es? —preguntó el dueño del Dogo.

Ya se quería ir. Sonreía más con los ojos que con la cara. El veterinario solía sonreír así pero no por orgullo. El Dogo, seleccionado por generaciones para pelear sin importar el dolor ni el resultado, con su cerebro no más grande que una albóndiga, lo miró indiferente porque no le temía ni lo odiaba. El veterinario asintió acordándose de esa frase que no sabía si la había escuchado, leído o inventado, y que no podía olvidar: “El perro es como un hombre para el hombre y el hombre como un perro”.

El gato de la bruja

Era una gata gris atigrada, como los gatos salvajes. Un tumor de mama sangraba entre las patas de atrás y la radiografía confirmaba la metástasis. En los campos pulmonares, decenas de esferas blancas se llevaban la vida por delante. Destino alocado el de las células cancerosas que al matar se suicidan. El veterinario quería sacrificarla, pero la dueña de la gata se opuso. Le explicó que esa no era una gata común, que ella trabajaba con la gata, hacía brujerías y que la gata tenía ciertos poderes. El veterinario ya había oído todo tipo de historias y se había acostumbrado a no tomarse nada en broma, a no demostrar asombro ante lo que viera o le contaran en su consultorio. Al ver que no la censuraba ni se reía, la mujer le señaló que a la gata le agradaba su persona. No era raro, la mayoría de los gatos se portaban bien en su consultorio y permitían la revisión siempre que se hiciera con lentitud y delicadeza. Los profesionales recién recibidos les tenían recelo, pero con la experiencia llegaban a preferirlos como pacientes.

Tenía que haber dolor, ahogo. Sin embargo no veía en la gata el gesto del que está sufriendo en vano, la entrega. La bruja le explicó que todavía tenían un trabajo que hacer juntas, así que decidieron esperar con un analgésico para pasarla un poco mejor. Sin el acuerdo de la dueña él no podía tomar una decisión como esa. Se fueron y el veterinario tuvo la sensación de que algo quedaba sin resolver y no era la muerte, que es lo único que está resuelto de antemano. Pasaron algunos días y aunque él pensaba que el tiempo no existía, que era

un invento para graficar cómo pasábamos nosotros, los días pasaron igual. Estaba inquieto con esta eutanasia. El caso era claro, no había posibilidad de error, era ridículo estar nervioso con su experiencia en estas situaciones, pero había tenido malos sueños por esos días. Que la gata se reanimaba luego de sacrificarla y embolsarla o que al hacer las maniobras el animal se resistía ferozmente convirtiendo su ayuda en una lucha. O que mientras realizaba la eutanasia a la gata, su dueña caía muerta.

Pasaron muchos más días y pasaron algunos años. El veterinario fue dejando de pensar en esa gata tan especial y no volvió a soñar con ella. Un día vino la bruja pero en lugar de la gata, traía un enorme gato macho, “entero” y bien jetón como son los conquistadores de techos, terrazas y hembras. Este sí era negro, como corresponde al gato de una bruja. Ella le contó que la gata había muerto esa misma noche en su casa. Que nunca había terminado el trabajo que hacían juntas en esa época y que había tenido que interrumpir varios años sus brujerías, ya que para eso le era indispensable un gato especial, no cualquier gato sino uno que se pudiera conectar con ella. Había tardado mucho en volver a encontrarlo.

Y mientras contaba esto y otras cosas, el veterinario observaba al gato, que era capaz de sostenerle la mirada a él, sin pensar, sin juzgar, sin pasado y sin futuro. Sólo observar, como todos los gatos. La mujer seguía hablando pero el veterinario se había perdido en sus reflexiones “Si yo pudiera ver con esa inocencia, desde ese silencio... y dejar de pensar boludeces”.

El incurable

El veterinario le explicó que ya era tarde, que el tumor se había extendido demasiado. No le podía sacar todo el hígado al perro to que con mirada triste temblaba sobre la camilla de acero. Lo mejor que podía hacer era esperar un tiempo mientras no sufriera, hasta que llegara el momento de sacrificarlo. Había aprendido duramente a ser cuidadoso en estos casos, desde la vez que había diagnosticado a la perrita mestiza de una mujer, un tumor maligno en las glándulas mamarias con metástasis en órganos vitales. Al principio había interpretado la negativa a sacrificarla como excesivo apego, egoísmo. Con el tiempo, mientras seguía la evolución del caso, supo que la mujer padecía la misma enfermedad que su mascota.

Recordaba el gesto de la mujer cuando con frialdad había dado su diagnóstico-condena a las dos. Tuvo mucho cuidado desde entonces. Sabía que es frecuente que alguien en la familia padezca la misma enfermedad que la mascota. Cuando no son enfermedades contagiosas no tiene explicación, solo teorías inquietantes. Acordaron hacer un tratamiento de mantenimiento. Cada cuatro o cinco días veía el veterinario a su paciente, al principio ni mejor ni peor, y dos meses después bastante mejor —lo que era notable— y mejor a los tres meses —lo que era rarísimo— y mucho mejor a los seis meses —lo que era imposible. Repitieron los estudios y las enzimas hepáticas estaban normales, la imagen radiográfica del tumor desaparecida y en la ecografía salía todo bien.

Había ocurrido lo imposible, el perro se había curado de un tumor, ¡de cáncer! El veterinario no estaba tan contento como el dueño, se daba cuenta de que había equivocado el diagnóstico. Nunca le había faltado autocrítica. El análisis no alcanzaba, ni la radiografía, ni la ecografía. Un diagnóstico inapelable exigía una biopsia, pero no quiso mortificar al perrito, le pareció innecesario. Su experiencia lo había traicionado y lo iba a pagar porque en los días sucesivos se extendería la historia de la “cura del cáncer” entre familiares y amigos del dueño del perrito y si tenía la mala suerte de que alguno de ellos padeciera una enfermedad parecida, tendría que explicar a un desesperado lo inexplicable. La experiencia, su experiencia y cientos de casos parecidos. Pero no, no lo había traicionado, había usado la experiencia para lo que no era, había sido cómodo asimilar la situación a muchas otras del pasado, pero el presente es la realidad y el pasado no existe. No había visto a su paciente como si fuera el único caso.

Temblaba el perrito mirando de reojo al veterinario, temblaría hasta que lo bajaran de la camilla. Cuando se diera cuenta de que se iban del consultorio comenzaría a agitar la cola y volvería a su vida monótona y perezosa, igual de viejo que de joven. El veterinario estaría intranquilo unos días, esperando que no viniera alguien a que le mata-
ra una esperanza incipiente. Era mejor quedarse chupando la bombilla solo, en silencio.

La vieja astuta

La vieja se sacó el gorro de lana y dejó al descubierto sus largas heridas suturadas, 120 puntos y 2 hilos cortos arriba de cada nudo, rígidos por la sangre seca, como si esa cabeza rapada estuviera protegida por espinas. La vieja le explicó al veterinario que se había desmayado y su perro le había masticado la cabeza, que despertó en el hospital y al salir se enteró de que un vecino había entregado al perro al Instituto Antirrábico. Allí, después de observarlo diez días, lo iban a sacrificar. El plazo se cumplía, ella lo había querido sacar pero era necesario que un veterinario lo pidiera por escrito. El perro le había arrancado el cuero cabelludo, podía haberla matado y la vieja igual quería llevarlo de vuelta a su casa.

Era una actitud que el veterinario tenía vista, como aquel pequinés que obligaba a sus dueños a dormir encerrados porque se subía a la cama mientras dormían para morderlos en la cara. Los cuatro integrantes de la familia llevaban la marca de la diminuta bestia y cuando les sugirió que lo sacrificaran, se fueron a buscar a otro veterinario que no les quisiera matar al perro, uno al que le gustaran los animales. O aquel matrimonio que tenía un mestizo de ovejero belga, al que un día se le ocurría que no entraba nadie a la cocina, otro día nadie en el comedor y así. A ese cliente lo perdió cuando le aconsejó que le diera a ese perro de mierda un fierazo en la cabeza. Es que lo habían llamado a las dos de la mañana para pedirle que fuera a la casa porque el perro no los dejaba entrar al dormitorio.

Pero ahora estaba ante esta vieja, que lo miraba como los chicos cuando quieren algo con desesperación. Le trató de explicar que era muy peligroso, que si se volvía a descomponer la podía lesionar más gravemente. Era posible que en esa situación el perro la hubiera desconocido, un perro no puede tener la culpa pero el riesgo era inaceptable. La vieja se fue con su tristeza y su gorrito puestos. El veterinario sabía que el perro era el único que le prestaba atención, que hay gente que ni un perro tiene, que pregunta la hora por la calle sólo para que alguien les hable.

Días después se enteró de que otro veterinario le había sacado al perrito del Instituto. Era posible que la vieja hubiera sido más astuta y no le hubiera mostrado las heridas a su colega. Era peligroso, pero de todas formas vivimos destruyéndonos día a día, cuando comemos mal, fumamos, manejamos como locos, cruzamos las calles sin mirar, pensamos mecánicamente, siempre las mismas reacciones, dando vueltas en el mismo lugar la mayor parte de nuestras vidas. Quizás el silencio la hiriera más que los dientes del perro. Podría ser cierto para ella porque era una vieja estúpida, no por vieja sino porque había sido estúpida de joven. Lo único que traen los años es declinación, lo bueno no viene con los años, hay que estar atento el mayor tiempo posible y alejarse de la confusión, que está en la base de todo lo malo, que quizás sea el mal.

Él sospechaba que la vejez era más una actitud que una cuestión de edad, por eso no le tenía lástima a la vieja. El que es sabio, lo es de joven, como tantos miles en la historia de la humanidad. No instruidos, sino sabios, ya que sabio puede ser un analfabeto. No inteligentes, sino sabios. Algunos de los más inteligentes científicos trabajan en la creación de sofisticadas armas para ponerlas a disposición de los políticos y militares. Se puede ser inteligente y hacer nada más que estupideces.

La vieja se había llevado su soledad y su estupidez, pero se había salido con la suya, había sido astuta. No podía ayudarla aunque ella

lo hubiera ayudado recordándole que debía estar atento para que no se le fuera la vida tan distraído. Quizás fuera muy pretencioso querer zafar de un destino tan generalizado, pero era lo único que le parecía importante.

El gran hombre

Era un hombre de casi dos metros de altura y el gesto duro, siempre con una impecable campera de cuero marrón, un pañuelo de seda anudado al cuello, con ese aire artificial que les queda a quienes han tenido poder sobre otros hombres en el pasado. Hacía tiempo que le llevaba el perrito al veterinario, que todavía se extrañaba cuando este hombre seco y formal lo llamaba por su nombre de pila. Debía vacunar al mestizo de pequinés y había observado que el gran hombre llevaba siempre algo en la mano, que al principio le pareció una fusta. Cualquier desentendido pensaría que la usaba para castigar al animal, pero al igual que mucha gente que pasea a sus perros llevando un palo, es para defender a su mascota de otros perros que sueltos por la calle pudieran ponerse agresivos. Sin embargo, esta fusta no terminaba en el corto pedazo de cuero que desde la punta de la vara rígida descarga el brutal latigazo. Y aunque él siempre evitaba hacer preguntas innecesarias a los dueños de los animales ya que podía encontrarse con que le contaran la historia de sus vidas, tremendos engaños, enfermedades incurables y anécdotas intrascendentes que ya había oído miles de veces intentando fingir interés, tuvo un momento de distracción y preguntó.

El gran hombre le dijo que era un estoque y lo desenvainó exhibiendo su hoja cuadrangular de treinta centímetros. Le contó que se lo habían hecho en Entre Ríos con la hoja de un florete roto. Lo llevaba porque una vez los había atacado un Doberman y había lastimado

mucho al animalito. El veterinario recordaba el incidente, hacía mucho lo había atendido por esas heridas y las lesiones ni siquiera habían dejado secuelas. Pero sí al gran hombre, que ahora envainaba el estoque con gesto seguro. Vacunó al perro y ambos se fueron no sin que antes lo saludara por su nombre, como si de un amigo se tratara. Él había conocido a mucha gente, pasado por muchas situaciones y sabía que eso no era determinación, que eso no era seguridad, era miedo. El gran hombre pesaba más de 100 kilos, medía casi dos metros y no solo tenía miedo de un perro, ¡tenía miedo de un perro en el futuro! Había estado pensando mucho cómo armarse, había costado tiempo y dinero que le fabricaran esa artesanía, había evaluado posibilidades de ataque, acciones defensivas, contraataques y ahora caminaba con el estoque en la mano izquierda para desenfundarlo con la derecha.

¿Cuando aplicara el puntazo se sentiría más seguro, saldría al otro día con el estoque o ya no le alcanzaría? El ataque había quedado dando vueltas en su mente, creciendo, cambiando, convirtiéndose en lo que no era. Ahora era una idea peor que la realidad y el gran hombre estaba preso en ella. El veterinario tenía buen trato con la gente y era eficiente. El gran hombre volvería hasta que su perro fuera viejo y muriera, llevaría cada vez su estoque como si cargara la pesada bola de hierro que arrastraban del tobillo los presos de tiempos pasados. El estoque no pesaba tanto para el cuerpo pero debía pesar mucho en otro lado. No le volvió a mencionar el asunto. No podía decirle nada a una persona que vive a merced de su de su propia mente. Estaba claro que era grandote nomás. Moriría un día al igual que su perro, su recuerdo se disolvería en el tiempo y él no habría visto nada, ni siquiera a sí mismo.

La mujer de los gatos

Lo peor era el olor que tenía la mujer de los gatos. Era una “protectora” y junto a otras como ella trataba de hacerse cargo de los gatos que se reproducían inconteniblemente en uno de los grandes parques de la ciudad. La gente había tomado la costumbre de tirarlos allí y era cada vez peor. Ella aparecía por la veterinaria a última hora, con alguno de estos animales en estado de deshidratación luego de días de diarrea. Manipularlos era problemático porque se habían habituado al estado semisalvaje y resultaban pacientes ariscos. Además, a ninguno de ellos le faltaba en la piel una superposición de sarna, hongos e infecciones. Usaba guantes para tocarlos.

La mujer pasaba los cincuenta, había sido hermosa pero ya no importaba. Su forma de vestir, sus manos siempre sucias y un hedor espantoso mezcla de orina seca y secreciones, levantaban una barrera entre ella y los demás. A pesar de que la población de gatos era incontable, la mujer parecía conocerlos a todos y se mostraba muy preocupada cuando debía llevarle a atender a alguno de ellos luego de que fallaran sus intentos empíricos. Le traía un gato agonizante con un collar de corchos quemados unidos por un piolín, otro con el cuerpo untado con inexplicables mejunjes y aplicaba enemas de las más estrambóticas mezclas. A pesar de que la mayoría de los animales morían, ella reaparecía un par de veces por semana con un caso desesperado, enfrascada en su batalla interminable.

Había hablado con la mujer mientras le pasaba suero o hacía algún tratamiento a uno de estos gatos parias de Buenos Aires y no lograba comprender cómo había quedado atrapada en esa lucha desgastante que ya parecía un suicidio. Ella tenía cerca de veinte gatos en su casa y se había alejado de su familia y sus amigos. El veterinario sabía la inmundicia en que se transforma cualquier lugar con semejante carga de animales. No quería tampoco conocerla demasiado, temía quedar comprometido en sus esfuerzos inútiles o, lo que era peor, confirmar la soledad de la mujer de los gatos.

Era una típica proteccionista, ya le había escuchado frases tales como “Al que tiró este gato habría que matarlo”. “Lo atropelló y siguió, ese hijo de puta no merece vivir.” Muchas de las personas que ponen énfasis en la protección de animales, desarrollan rechazo y desprecio por sus semejantes, de ahí la estúpida y repetida frase “Cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro”.

La mujer de los gatos un día se enojó también con el veterinario y no volvió más. Le había llevado un gato en tan mal estado que él le propuso sacrificarlo. “Cómo me dice eso; para qué es veterinario; usted es un asesino”, y otras frases que no llegó a escuchar fueron la despedida. Ya no tendría que quedarse hasta tarde ni escuchar la permanente condena a los demás y sobre todo no tendría que soportar el olor de esos animales y de ella, que quedaba impregnado en el ambiente aún horas después de que se habían marchado. Tampoco le preocupaba como clienta ya que hacía mucho que sólo le cobraba los costos de los medicamentos alguna que otra vez, ni lo que dirían de él. Era un alivio, aunque lo perturbaba que se le escaparan las motivaciones de la mujer de los gatos. ¿Sería una forma de aislarse de la gente, de agrandar el mundo, de juzgar a los demás, necesitaba esa dependencia o había desarrollado alguna enfermedad psiquiátrica? No lo iba a saber nunca.

Después de todo era lógico, ¿cómo podía pretender comprender a la mujer de los gatos, si estaba perdiendo su lucha por conocerse a

sí mismo? Le preocupaba descubrir si él también estaba inmerso en una larga y estéril lucha. Algo en todo esto se le escapaba y tenía que encontrarlo, ya no podría hacerse el tonto, para eso había conocido a la mujer de los gatos.

¡Otro milagro de la ciencia!

Recién recibido, trabajaba en un hospital para animales donde le pagaban una miseria pero podía hacer la más variada e intensa práctica. El cachorro de raza que le lamía las manos luego de haber agonizado una semana, lo llenaba de satisfacción. Él lo había querido sacrificar cuando convertido en un pedazo de cuero seco el animal largaba chorros de diarrea con sangre oscura con olor a podrido. ¿De dónde salía tanta sangre, por qué era tan tenaz ese corazón?

Pero el director del hospital no lo había dejado. Le había exigido que lo intentara todo, lo había desafiado y el joven profesional todavía era lo suficientemente maleable para caer en esas trampas. “¡Otro milagro de la ciencia!”, había exclamado burlón el director cuando se enteró de que el cachorro estaba fuera de peligro. No sabía que su joven colega había pasado la noche junto al perrito, dormitando de a ratos sentado en una silla. Los dueños lo habían dejado internado y cuando estuvo bien lo retiraron pagando la cuenta sin chistar. El joven veterinario estaba más emocionado que ellos, en realidad era el único emocionado, pensaba que el triunfo era más suyo que de nadie.

Días después, el cachorro volvió con un tic en una de las patas y se dio cuenta de que había superado un moquillo canino y aparecían las secuelas. Cuando se sumó una convulsión temió lo peor. ¡Tanto esfuerzo, tanto tiempo! Sin embargo, las convulsiones no pasaron de dos por semana, eran cortas y la enfermedad del animalito se estabilizó. Podría crecer y vivir con sus dueños.

No lo vio por un tiempo y se olvidó de su Lázaro personal mientras seguía ganando experiencia con los cientos de casos del gran hospital, hasta que un día se enteró por la secretaria que esa gente había vuelto con otra mascota. Lo habían llevado a sacrificar a otra clínica y tenían un nuevo cachorro. Se sintió un forro. Se había quedado una noche de guardia gratis, le pagaban una basura, no le habían dado ni las gracias y para colmo esa gente de mierda se había deshecho del perrito porque no lo toleraban con sus defectos. ¡Lo habían matado!

No era un crimen, un animal es una propiedad y la apreciación de la crueldad es subjetiva. Pasan cosas peores con los animales de consumo, con la misma gente. ¿Por qué se sentía tan mal? ¿Era responsable del éxito inicial, lo fueron las drogas, los dueños que pagaban o las trampas del viejo veterinario? ¿Con quién estaba enojado? Consigo mismo, que se había comprometido con el caso, que se había vuelto vulnerable por la vida de un perro que ni siquiera valoraban sus dueños.

Pensó en decirle a su jefe que esa gente era una mierda, que él también era una mierda, que por qué no le avisó y se que fuera al ca-rajo. Por fortuna no actuaba en caliente, meditó el asunto unos días y se dio cuenta de que no había salvado al perrito ni por bondad, ni por profesionalismo, lo había hecho por orgullo. La actitud de los dueños corría por cuenta de ellos, él no podía manejar esas cosas. Tal vez tuviera algo que aprender también de esto. Siguió trabajando un tiempo más con el viejo veterinario, aprendiendo a hacer lo que podía con lo que tenía. Su ego recibiría muchos golpes más desde afuera y si aprendía a golpearlo desde adentro, tal vez un día no estaría a merced de sus emociones. Y cada vez que lograra un éxito notable en el tratamiento de un animal podría pensar a los gritos ¡otro milagro de la ciencia!, para burlarse de sí mismo

Perro muerto

“**¡E**s como un hijo para nosotros, por favor, no lo deje morir!”, lloraba la señora. Pocas personas saben llorar bien, con el cuerpo y el alma, pero pedían lo imposible, el corazón del viejo Basset ya no aguantaba. Se le llenaba la panza de líquido y el veterinario había tenido que punzarlo. Las drogas ya no eran eficaces para despejar el edema pulmonar. Le decían que el perro tenía veintiséis años pero no podía ser verdad. Algunos de sus pacientes habían llegado a los dieciséis, a los dieciocho años y en muy malas condiciones. Sin embargo, la gente insistía, el perro tenía los papeles de pedigrí y habían conservado todos los certificados de vacunación. El primero de ellos databa de veintiséis años atrás firmado por un colega fallecido. El veterinario sabía que cuando no queda nada escrito es fácil confundirse. Así, un perro “tiene como seis años” que en la ficha médica son diez. Y el gato que “tendrá como quince” resulta que solo tiene ocho. Con todo documentado, la única posibilidad era que los papeles hubieran sido de un perro anterior, de la misma raza y sexo, con el mismo nombre. Para eso tendrían que estarle mintiendo. ¿Para qué, si nadie ganaba nada?

El animal estiró el cuello hacia atrás y dejó de respirar, su corazón se había detenido. Él lo hubiera dejado así, pero la señora y su marido comenzaron a llorar a los gritos. Al veterinario estas escenas le parecían fuera de proporción. ¿Cómo podría esta gente sobrevivir a la muerte de una madre, de un hijo, de un amigo, si los desbordaba la muerte de

su perro? Un perro que había vivido mucho más allá de sus expectativas razonables, mejor que muchas personas, ¡que muchos chicos! sin que le faltara atención, comida, casa, cariño. Y allí los tenía, llorando a los gritos.

Tomó una jeringa e inyectó en el corazón un poco de adrenalina para que pareciera que estaba haciendo algo, mientras le comprimía el tórax a modo de respiración artificial. No se sorprendió cuando recomenzaron los latidos y el viejo animal boqueó algunas veces como un pescado. Sabía que solo duraría unos pocos segundos, que apenas había servido para alargar esa escena en la que él era un actor obligado, compartiendo el papel protagónico con un perro muerto. Había pasado muchas veces por situaciones similares ¿Lloraban por el perro, por la ruptura de 26 años de continuidad, porque tomaban conciencia de la mortalidad, por lo que perdían con su ausencia? Muchas veces, cuando algún cliente angustiado al que le atendía a su mascota por un problema menor preguntaba “¿Se va a morir?”, él contestaba “¡Hasta yo me voy a morir!”. Pero este no era momento para bromas tan serias. La gente no había querido salir a la sala de espera y el veterinario temía que la mujer se desmayara. El corazón del perro se detuvo una vez más y él hizo otro intento, esta vez sin ningún resultado. Los sollozos que se habían vuelto susurantes, estallaron como la más feroz de las tormentas. Otro familiar que esperaba en la sala contigua se sumó a lo lejos y uno más entró para acoplarse al duelo.

El viejo perro había vivido veintiséis años, lo habían atendido varios veterinarios a lo largo de su vida pero había llegado a morir aquí, con él. Tendría que esperar un rato a que volviera un poco la calma e intentar algunas palabras de consuelo, lo más amables posibles. ¿Enfrentarían así, sin ninguna entereza su propia muerte?

“¡Que los muertos entierren a los muertos!”, le había dicho Jesús a Pedro cuando quiso enterrar a su padre. Pocos intentaron entender, ¿pero qué importa? Si casi nadie escucha, si casi nadie piensa, si casi nadie medita. Tantas distracciones, viviendo como inmortales para

desmoronarse ante tan poca cosa. Como si lo feo fuera lo opuesto a lo bello, que no lo es. Como si la oscuridad fuera lo opuesto a la luz, que no lo es. Como si la muerte fuera lo opuesto a la vida.

El enveneador

El portero del edificio frente a la veterinaria, estaba indignado. En el terreno baldío contiguo, proliferaban los gatos vagabundos y él había decidido tomar cartas en el asunto. Seguramente nadie se lo había pedido y aunque así fuera, ese no era su trabajo, pero el portero padecía del “Síndrome de la sirvienta”. El veterinario llamaba así a un desequilibrio mental por el cual la sirvienta de una casa bienuda trataba con desdén al almacenero, al panadero, e incluso al propio veterinario. Era como si se le pegara cierta categoría social, cierto poder, sólo por convivir con gente de mucha plata. No lo padecían solamente las sirvientas de ese acomodado barrio de Buenos Aires, también se contagiaban los choferes, los guardaespaldas e incluso los porteros como el aludido. “Necesito un veneno, esto no puede seguir así, ¡tengo que terminar con esos gatos!”, le había dicho el portero. Estuvo tentado de echarlo a la mierda. En una época había vendido raticidas pero tuvo que dejar de hacerlo porque no creía que una rata tuviera menos derecho a vivir que una ballena, ni un gato que un portero. Sabía que no era una cuestión de derechos. Los gatos deberían estar provocando muchas molestias y este hombre podía conseguir el veneno en cualquier lado. Fue al depósito, le sacó la etiqueta a un frasco de vitaminas y pegó en su lugar una cinta adhesiva en la que escribió con marcador rojo: VENENO. Se lo dio al portero indicándole que lo mezclara con carne picada.

Hacía años que había leído El Bhagavad-gita, y una de las frases que recordaba decía “Aquel que no es motivado por el ego falso, cuya inteligencia no está enredada, aunque mate hombres en este mundo, no es él el que mata. Ni tampoco está atado por sus acciones”. Efectivamente, no era lo que más le molestaba que este hombre fuera a matar a esos gatos sino lo que agregaba, sus emociones, sus sentimientos desbocados a los que ahora daría rienda suelta al suministrarles el saludable veneno. Cualquiera pensaría que el veterinario era un hombre compasivo, pero él desconfiaba de la compasión. ¡Qué hubiera sido de la Madre Teresa sin los pobres! También él había hecho cosas no muy racionales, como aquella vez que entró llorando una nena con un hámster inerte entre sus manos y que cuando él le dijo que había muerto, le suplicó a los gritos “¡Resucítelo, resucítelo!”. Se lo hizo dejar internado un par de días, mientras conseguía otro parecido. Los padres lograron justificar ciertas diferencias en el hámster por la enfermedad recientemente superada. O como aquella otra vez en que se perdió un perro de pedigrí al que estaba muy apegado un chico, y los padres consiguieron un cachorro de la misma raza y le dijeron que el veterinario le había dado una inyección para que se achicara. Eran niños a los él seguía viendo hasta que eran adultos. ¿Le reprocharía algún chico del pasado estas mentiras? El portero no era un chico, ¿había entrado como un caballo en un engaño tan infantil, no era cierto que para que a uno lo engañen se tiene que dejar?

El portero volvió preocupado. Le contó que los gatos seguían tan activos como siempre e incluso con el pelo más lustroso. Y que los de una camada recién nacida estaban tan gordos y fuertes que parecían ositos. El veterinario le dijo que el veneno actuaba por efecto acumulativo. “No querrá una matanza con los animales agonizando toda la noche”, le dijo con severidad. Claro que no, y se llevó otro frasco quejándose por el precio. Los venenos cuestan centavos, el portero podía no saberlo pero era imposible que no se diera cuenta de lo que sucedía. Por genuflexo mental había quedado atrapado en una acción

deleznable. Quizás hubiera oído la queja de alguno de los importantes propietarios de los pisos y creyó que se esperaba que él hiciera algo y claro, estaba tan identificado con ellos, con el edificio, con la importancia ajena. No les podía fallar. En algún momento se dio cuenta, no fue más a verlo y tampoco lo volvió a saludar. Se veían de lejos y el portero desviaba la mirada como si el veterinario ya no existiera. Él ya venía curtido en las idioteces de la vida. ¿Se sentía mejor porque había podido engañarlo? Estas cosas le preocupaban más que si lo saludaban o no, más que el enojo del portero, más que los gatos mismos que siempre fueron lo menos importante en esta historia. Siempre le quedaba algo más por entender, siempre le faltaba un paso para llegar a ver lo que es. Tal vez pensaba demasiado, pero aunque supiera que los problemas que se originan en la mente de los hombres no se pueden resolver con el pensamiento, todavía no encontraba otro camino.

La inter consulta

El Dr. Miligramo estaba indignado. ¡Que un colega suyo hiciera eso! No era un desconocido, siempre habían tenido una relación profesional de respeto mutuo. No era la primera vez que se cruzaba entre ellos una ínter consulta y cuando los dueños del viejo ovejero alemán le comentaron que un amigo de ellos les había recomendado al Dr. Dinamizado, él no se opuso. Ya no podía hacer nada más por ese paciente, así que hizo un escueto informe y les deseó suerte. Él recibía todas las publicaciones locales e internacionales referentes a las ciencias veterinarias, estaba al tanto de los últimos adelantos en los tratamientos y era profesor de la Facultad. Si hubiera sabido de alguien que pudiera atender ese caso mejor, hubiera sido el primero en recomendarlo. Se olvidó por dos meses, hasta que se cruzó en la calle con el viejo ovejero paseando alegremente con el pelo lustroso al sol, y atento porque a lo lejos veía a otro perro y no iba a dejar pasar la oportunidad de ladrarle con toda la intención de pelearse, como era su costumbre desde cachorro.

Al Dr. Miligramo le costaba creer lo que veía, pero el baldazo de agua fría fue enterarse de que su colega había reemplazado su tratamiento por un medicamento homeopático. No podía creer que Dinamizado hubiera entrado en esas charlatanerías. Quizás las drogas que él mismo le había dado antes habían hecho efecto tardíamente, y la mejoría coincidía con el nuevo tratamiento. Y a pesar de que nunca lo había llamado antes, lo llamó y se lo dijo. El Dr. Dinamizado le contestó:

—Ah sí, una casualidad, las veo todos los días.

—¡Pero viejo, me extraña de vos que hasta hacés algunas cirugías!

—Los valores de laboratorio se normalizaron —dijo El Dr.

Dinamizado.

—No es posible —contestó Miligramo con irritación— los medicamentos que estás usando no tienen drogas, no pueden funcionar.

—¿Los probaste?

—No probé eso, ni la magia ni las Flores de las Pelotas; si no hay droga no puede funcionar.

El Dr. Dinamizado explicó conciliador:

—No todo es química en la vida Miligramo, en última instancia todos son iones pasando para un lado y para el otro de una membrana, ¿no te acordás de Fisiología?

—¡No me vengas con patrañas!, en esos medicamentos no hay física ni química ni un carajo, son un engaño.

—¿Un engaño a quién, vos crees que el perro se sugestionó?

—Yo no dije eso —se defendió el Dr. Miligramo—, pero no puedo aceptar que estés diciendo esa antigüedad que no tiene ninguna base científica.

—¿Cuánto tiempo estudiaste homeopatía antes de llegar a esa conclusión, un año, tal vez dos?

—Yo estudié en la Facultad, no estudié homeopatía ni me interesa.

—Entonces hablás de lo que no sabés, Miligramo, así que ni menciones la ciencia. Y no te ofendas, yo no soy un científico y vos tampoco; la mayoría de los profesionales de la salud no son científicos porque hay que saber mucha matemática, si no, no se puede saber química y mucho menos física. —Y siguió—: Memorizamos algunas cosas que suenan difíciles; además los científicos no atienden a los pacientes uno por uno, no ven el sufrimiento, no saben que curar tiene mucho de arte, que en muchos aspectos es más difícil. —Y siguió—: Nos enseñan en la escuela que el átomo es una pelotita alrededor de la

que giran otras pelotitas, pero no es nada más que un recurso didáctico para explicar algunas cosas y terminamos creyendo que es la realidad; un día van a descubrir que las partículas son filamentos y la importancia de las vibraciones y su frecuencia; todo lo que existe en el Universo vibra, desde el ser humano más inteligente hasta la última piedra.

—Parecés un teólogo, no podés creer que eso tenga algo que ver con curar a un animal.

—Yo no creo en nada, estudié homeopatía y la aplico, no necesito creer —cerró la discusión el Dr. Dinamizado.

No se hablaron más. No importaba porque sin conflicto entre ellos, tampoco se hablaban. El Dr. Miligramo no era ningún tontito, reconocía que el perro estaba bien y que podía haber muchas cosas que él no supiera. El Dr. Dinamizado tampoco era ningún tontito y no había renunciado a ninguna de las drogas alopáticas, ni a su quirófano que tanto le había costado armar, ni a nada de lo aprendido en la Facultad. Su nuevo paciente podría necesitarlo un día. Al Dr. Miligramo no le preocupaba perder un paciente, tenía muchos, era un buen veterinario y los pacientes hoy en día van y vienen en una sociedad en la que hay cada vez menos comunicación, menos compromiso con los demás, cada vez más información y menos formación. Pero él no podía cambiarlo, así que no se preocupaba. Lo indiscutible era que el perro estaba bien, lo demás podía analizarse y encontrar argumentos y contra argumentos para todos los gustos. En cambio su enojo inicial, ¿hubiera existido si el perro se hubiera muerto o siguiera sufriendo? Seguro que no lo hubiera tocado tan hondo. ¿Y esa otra cosa que le dijo este soñador de Dinamizado, que no era lo mismo creer que saber? Quizás, tal vez, ojalá.

La leyenda

Era la tercera vez que le preguntaban por el extraño animal que había tenido que sacrificar. Las primeras veces el veterinario escuchó con atención y curiosidad, luego les contestaba a sus clientes que no sabía nada, que habría sido un colega. Tampoco tenía idea de qué animal podría ser el de la historia que referían con cara de espanto algunos, con inocultable morbo otros. Recibió también llamadas para obtener información e hizo algunas, pero nadie sabía. El rumor había comenzado a circular la tarde anterior y a media mañana una radio había tratado el tema alternándolo con bromas. Las declaraciones de los vecinos salían al aire en vivo contando lo ocurrido: que una familia había ido de vacaciones al norte del Brasil y habían comprado un animal, que les había matado al perro, que lo habían encerrado en una habitación y al llegar el veterinario había exclamado horrorizado:

—¡Cómo metieron esto en la casa! —para luego aplicar una inyección letal a la bestia.

Llamaba la atención que las versiones eran idénticas, pero qué le iba a hacer, no sabía quién había protagonizado los hechos y mucho menos de qué animal se trataba. Cuando se retiró más tarde de la clínica no le comentó lo sucedido a su socio, que al quedar a cargo y encontrarse sorprendido con que varias personas le referían este truculento relato les dijo algo así como “Qué raro que no me comentó nada, mañana le pregunto qué pasó”, con lo cual se instaló en el barrio

la noticia de que él había sido el veterinario que tuvo que matar al extraño animal y lo había negado para no hacer comentarios sobre tan desagradable hecho. Y al otro día se encontró con que todos estaban convencidos de que había protagonizado esta historia y no lo quería contar. Lo llamaron de la radio y no atendió, le preguntaron sus clientes y les dijo que no, pero no le creían. Su socio le preguntó varias veces “¿Seguro que no fuiste vos?”. Y en Salud Pública le abrieron un sumario por no hacer la denuncia, y el Instituto Antirrábico le reclamó el cadáver del animal para descartar la presencia de rabia, y lo llamaron de Fauna Silvestre porque seguramente habían introducido al extraño animal ilegalmente, y lo citaron ante un Tribunal de Honor para dictaminar si había incurrido en falta de ética.

Su familia lo miraba con recelo porque los dejaba afuera cuando pasaba algo interesante y el “nunca me contás nada” salió como un certero misil de una boca de mujer para atragantarlo mientras comía. Dejaría pasar unos días, los trámites en su contra quedarían cajoneados, los ánimos se irían calmando y comenzaría su venganza cuando la cuestión estuviera bien fría, aceptando ante algunas personas que había sido él pero no quería hablar de eso porque la historia era mucho peor de lo que se contaba. Esto les reventaría el cerebro a los transmisores de leyendas barriales. Esperó como un cazador espera en una emboscada, pero de pronto se extendió por el barrio la historia de que un vecino había filmado a un coreano quemando vivo un perro colgado de las patas. Él sabía que en algunos lugares de Oriente creen que el sufrimiento confiere propiedades especiales a la carne. Lo que no sabía era si esta segunda historia tenía algo de cierto, ni siquiera si el involucrado era un coreano. Pronto comenzaron a desfilar vecinos nuevamente, porque se suponía que todo había transcurrido en una casa frente a su consultorio y que era el depositario de la filmación.

Las leyendas del barrio ya tenían su protagonista y eran verdad aunque nunca hubieran ocurrido. Tendrían que ser verdad también para él, tendría que aprender a creer en ellas o se quedaría afuera de la

corriente de sentimientos y creencias de la sociedad en que vivía. ¿Podría mimetizarse y aceptar algo porque los demás lo creían? Aunque hubiera sido más cómodo, no podía. Tendría que quedarse afuera otra vez, a merced de leyendas imposibles que terminaban siendo verdad. Pero no tenía de qué quejarse, él trataba de entender el mundo en profundidad y sabía que la verdad no podría existir sin la mentira. Si no existiera la mentira, no sería necesaria la verdad, sería lo que es y por ahora era solamente la verdad.

Domicilios

El viejo veterinario se sentía muy cansado, su hija se había recibido y trabajaba con él. Ese día comenzaría a hacer los domicilios que tanto lo fatigaban. El consultorio era pequeño y había trabajado en soledad la mayor parte de su vida, rompiendo el aislamiento con algún curso o jornada de tanto en tanto. Cuando unos años atrás su hija le dijo que iba a estudiar veterinaria, él tuvo el impulso de disuadirla. La profesión ya no era rentable, costaba mucho ganarse la vida en esto. Los horarios no existían y las emergencias parecían esperar los peores momentos para presentarse, los cumpleaños de los hijos, las fiestas, las altas horas de la noche. Pero después de decirle que estudiara lo que le gustara, que si le dedicaba la vida a una profesión debía ser una que pudiera amarse, no pudo desanimar a su hija.

Ella no podía entender la reticencia del viejo para atender los pacientes en su casa. Él trató de explicárselo:

—Se pierde mucho tiempo aunque vayas cerca, siempre cuando encontras a alguien, porque a veces te dejantocando el timbre como un idiota.

—Puede pasar de vez en cuando.

—O han llamado a varios veterinarios al mismo tiempo y te encontrás que otro ya está atendiendo al paciente.

—No lo hará todo el mundo.

—No es solo eso, los perros en su casa se portan peor que en el consultorio.

—Bueno, se supone que el dueño lo debe manejar.

—Eso es lo malo, se supone; otras veces el paciente es un gato.

—Papá, vos me dijiste que eran los mejores pacientes.

—Pero apenas entrás, el gato ya está en los techos.

—Lo tendrá que bajar el dueño.

—No sería raro que pretendan que lo haga el veterinario, para eso es “el hombre orquesta”.

—En todo caso habría que volver otro día, tomando la precaución de encerrarlo.

—Claro, y no se puede cobrar la consulta y se perdió un montón de tiempo.

—Es verdad, pero todas las profesiones tienen sus percances.

El veterano ya venía medio enojado y siguió:

—Y no te olvides, no te pongas a luchar con ningún perro para poder atenderlo.

—Ya sé, el veterinario no es un domador.

—Me han llamado para atender a un perro muerto —dijo el viejo como para sí mismo.

—¿Muerto? —repitió como un eco asombrado la joven.

—Y en estado de avanzada putrefacción, ¿y sabés que fue lo peor? —y sin esperar que su hija le preguntara se contestó a sí mismo—: Que me quisieron echar la culpa, ¡mala praxis!

La chica se quedó perpleja, pero su padre estaba muy embalado y siguió hablando:

—Por eso, un buen veterinario siempre debe estar dispuesto a agarrarse a piñas, bueno —se moderó— eso era antes, que no había mujeres en la profesión.

—¡Empezamos!

—Está bien, son otros tiempos y esa costumbre se perdió, aunque a mí no me parecía tan mala.

—Me voy yendo —le anunció la hija.

—Llevá todo lo que puedas meter en el maletín, es posible que sea un caso complicado, hay colegas que llevan un tubo de oxígeno en el auto.

—En ese caso lo tendrían que traer a la clínica.

—La gente es cómoda; llevá cambio, si te quedan debiendo no les cobrás más.

—Me estás asustando.

—No es para tanto, te irás curtiendo, acumulando experiencias y cantidad de anécdotas insufribles. —Y siguió—: Que no te sorprenda nada, más de una vez el pajarito que fui a ver era un halcón peregrino y el gato era un puma.

—Con un puma me arreglaría al menos para hablar, pero de halcones no sé nada.

—Solo acordate de taparle la cabeza con un trapo oscuro antes de tocarlo y en cuanto a lo de saber, ya te dije varias veces que cuando hablás conmigo no sabés nada y cuando tratás con un cliente lo sabés todo —y agregó— no te olvides de llevar drogas para una eutanasia.

—¡Solo es un caso de piel!

—A veces la más cruel de las enfermedades que te describen por teléfono no es más que una pulga escurridiza y otras veces la pavadita requiere una eutanasia.

Entonces, se quedó colgado recordando uno de los consejos que le diera a él un colega muchos años antes, cuando justamente estaba por salir a hacer su primer domicilio: que llevara preservativos. Y cómo le explicó que algunos veterinarios eran muy solicitados por las dueñas de mascotas y le aclaró también que la plata de la consulta la tenía que traer sí o sí, aunque la tuviera que poner él. La voz de su hija lo volvió a la realidad.

—De qué te estarás acordando.

—Nada, nada.

—Bueno doctor —dijo la joven— ahora sí me voy.

—Andá tranquila, mientras hacés el domicilio yo atiendo cuatro o cinco consultas acá.

Se fue la hija con el entusiasmo de quien anda buscando aventuras, pero a pesar de que eran solo seis o siete cuadras tardó un par de horas en volver. Con cara de asombro le anticipó a su colega-padre:

—¡No vas a creer lo que pasó!

—No me cuentes nada, solo decime que te pagaron —la cortó él con brusquedad.

Había terminado el día, él se venía sintiendo muy cansado. A pesar de que no era viejo, varios de sus compañeros de promoción habían muerto. Ya fuera por enfermedades a las que estaban más expuestos que el resto de la población, ya fuera por patadas, cornadas, un apretón en la manga o el estrés. Algunos de los muertos eran menores que él, otros habían sido sus alumnos. Su hija ya se había ido a casa. Pensó mientras se preparaba para irse, que finalmente la dejaría que le contara su anécdota del día. Se reiría con ella más que por lo que hubiera podido pasar, por compartir su alegría por la vida, por poder trabajar en algo que se eligió y que se ama. Tendría que gozar y sufrir, tendría que llevar la vida que había elegido y no era poco haber tenido la oportunidad de elegir. Tal vez las cosas no eran tan negras como él las veía últimamente, tal vez era el cansancio. Después de todo, a pesar de los problemas, las ingratitudes y las privaciones, esta era una profesión que podía ser amada.